



**I domingo**

**¡Vigilen!**

Is 63,16b-17.19b; 64,2-7; Sal 79;  
1Cor 1,3-9; Mc 13,33-37

**II domingo**

**¡Enderecen los caminos!**

Is 40,1-5.9-11; Sal 84; 2Pe 3,8-14;  
Mc 1,1-8

**III domingo**

**¡Alégrense!**

Is 61,1-2.10-11; Lc 1,46-54; 1Tes  
5,16-24; Jn 1,6-8.19-28

**IV domingo**

**¡Aquí estoy!**

2Sam 7,1-5.8b-12.14a.16; Sal 88;  
Rom 16,25-27; Lc 1,26-38

Ser casa, *habitat* de la Palabra, sintetiza la experiencia de ser espacio donde Jesús, Palabra del Padre, se deja escuchar en libertad. El ser habitadas es anuncio. El ser *morada de la Palabra* nos hace signo de la alianza de Dios, adviento de su presencia. La liturgia del Adviento nos hace contemplar el *ya pero todavía* no de la venida de Cristo. Una venida que se realiza en María, mujer-sagrario por excelencia, en quien la Palabra habita para poner su morada en medio a nosotros y hacerse *Emmanuel*. En la fuerza del Espíritu Santo somos llamados a *hacerle espacio a la Palabra*, a acogerla «con corazón atento, dócil y orante».

Las lecturas del domingo marcan y orientan el itinerario a seguir. La oración del retorno del exilio reúne paradójicamente el *desaliento* y la *confianza*; dos actitudes que quizás experimentamos hoy, también como personas consagradas y comunidad de creyentes.

La otra insistencia está puesta sobre la necesidad de *velar*. Velar no es fin a sí mismo sino a lo que anhelamos: la venida del Señor. *Reavivar en nosotros el deseo de ir al encuentro de Cristo que viene* implica, a su vez, el ir y el salir. ¿De dónde debemos salir iniciando el Adviento? En primer lugar de la no esperanza, de la depresión, pero también del egocentrismo, con el fin de proyectar nuestra vida hacia una meta de plenitud: Cristo, Aquel que vino, que viene y que vendrá.

## SE ENCIENDE LA PRIMERA VELA

*Señor, encendemos esta luz  
como las vírgenes prudentes que encienden sus lámparas  
para salir, en la noche, a recibir al Esposo que viene.  
Queremos conservar encendida en nuestro corazón,  
la llama del amor que eres tú mismo.  
Y preparados levantarnos para esperarte  
y recibirte con alegría y llenos de esperanza.  
En nuestro mundo se ciernen las sombras,  
pero tú has encendido tu fuego  
y hemos sido habitados por ti, Palabra del Padre.  
Queremos estar despiertos y vigilantes,  
para descubrir la aurora de tu presencia en nuestro mundo  
y conservar con el testimonio de nuestra vida  
y de nuestras comunidades,  
la esperanza y la alegría que en ti no tienen fin.  
Te esperamos. ¡Ven, Señor Jesús!*

